

El rol de las potencias internacionales y regionales en Afganistán. El regreso del “gran juego”

The role of international and regional powers in Afghanistan. The return of the “great game”

José M. Calvillo Cisneros¹

¹ Universidad Complutense de Madrid, España

jcalvill@ucm.es

RESUMEN. El regreso del movimiento talibán al poder abre una nueva etapa en Afganistán y un escenario renovado para Asia Central. En un primer momento, prácticamente la totalidad de los vecinos afganos recibieron con satisfacción la retirada de los Estados Unidos y de la OTAN; sin embargo, unas escasas semanas después, estos sentimientos permutaron hacia la incertidumbre y desconfianza que genera el primer gobierno talibán en torno al control y estabilización del país. Afganistán puede convertirse en un espacio incontrolado, propicio para las redes del crimen organizado y el terrorismo internacional. Al mismo tiempo, supone una oportunidad para que algunos estados puedan ganar profundidad estratégica y conseguir mayores cuotas de poder en la región. La estabilidad de Afganistán es primordial para que las potencias internacionales y regionales puedan cumplir sus objetivos de ganar profundidad estratégica. La seguridad y el comercio son los sectores clave en la acción exterior de estos estados y Afganistán recobra su papel de peón fundamental en el nuevo Gran Juego de Asia Central del siglo XXI.

ABSTRACT. Taliban have returned to Afghanistan, and it is a new period for the country and Central Asia. Firstly, almost all Afghanistan neighbors received with satisfaction the withdrawal of the United State and NATO; however, these feelings quickly turned into uncertainty and distrust to the first Taliban government.

Afghanistan could convert into an uncontrolled space, favorable for crime organizations and international terrorism. At the same time, it is also a new opportunity for some states to gain strategic depth in the region. Afghanistan stability is essential for international and regional powers obtain their goals, mainly, to gain strategic depth. Security and trade are fundamental sectors for these states. Therefore, Afghanistan recovers the role of essential piece in the new Great Game of Central Asia in the 21st Century.

PALABRAS CLAVE: Afganistán, Talibán, Asia Central, Gran juego, Seguridad, Profundidad estratégica.

KEYWORDS: Afghanistan, Taliban, Central Asia, Great game, International security, Strategic depth.

1. Introducción

Tras la firma de un acuerdo de paz entre los Estados Unidos y el movimiento talibán el 29 febrero de 2019 en la ciudad de Doha (Qatar), se fija un calendario que pone fin a la intervención internacional en Afganistán. Tras una prórroga de tres meses, finalmente el 31 de agosto de 2021 se produce la salida de los últimos militares y personal civil y diplomático desplegados en el país que han estado presentes las últimas dos décadas, dando lugar a que el movimiento talibán, sin apenas resistencia por parte de las fuerzas de seguridad afganas, ocupara de nuevo el poder institucional en Kabul. Comienza una nueva etapa en la historia de Afganistán por la que se abre un periodo de incertidumbre en el ámbito interno y regional.

La retirada de los Estados Unidos y de la OTAN de Afganistán fue recibida, en un primer momento, con satisfacción por estados del entorno geográfico de Afganistán, algunos de ellos potencias regionales y otras mundiales. Observar como la potencia hegemónica del sistema entra en un declive acelerado fue bien recibido por algunos estados como Irán, Rusia y China, fundamentalmente, y el regreso del movimiento talibán al poder también fue bien visto por países como Pakistán y algunas monarquías del Golfo. Sin embargo, la mayoría de ellos pronto fueron conscientes de que la presencia de los Estados Unidos en Afganistán generaba inquietud, pero también ejercía un rol controlador de los grupos terroristas que se encuentran en Afganistán haciendo posible que la violencia no se exportara a otros lugares periféricos.

Ante el nuevo escenario afgano sin la presencia de los Estados Unidos y sus aliados, las potencias regionales e internacionales perciben la actual situación como una oportunidad para conseguir una posición de poder en Asia Central. El nuevo escenario genera incertidumbre en cuanto a que Afganistán pueda convertirse, de nuevo, en un espacio incontrolado y, por tanto, propicio para las redes del crimen y el terrorismo internacional (Calvillo Cisneros, *El terrorismo en Afganistán (2000-2018)*, 2020), pero al mismo tiempo, supone una oportunidad para que algunos estados puedan ganar profundidad estratégica y conseguir mayores cuotas de poder en la región.

Todos los actores gubernamentales regionales e internacionales comparten el mismo miedo: que los talibanes no puedan controlar al Estado Islámico y conlleve una exportación de la violencia terrorista a otros grupos afines que se encuentran en los estados vecinos. También hay una preocupación común por reducir el tráfico de narcóticos en la región, ya que es una herramienta de financiación de las redes del crimen internacional y una dinámica que sólo conduce a la inestabilidad gubernamental y al fortalecimiento de estas redes criminales (Calvillo Cisneros & González del Miño, 2018).

Este artículo parte de la tesis de que la situación de vulnerabilidad en la que se encuentra Afganistán va a ser aprovechada por las potencias regionales e internacionales que pretenden conseguir una profundidad estratégica en Asia Central. Asimismo, también tenemos la hipótesis de que las potencias regionales e internacionales comparten enemigos comunes con los talibanes, por lo que esta situación ha de conducir a una cooperación entre todas las partes en aras de conseguir la estabilidad de Afganistán y, por ende, de la región. Para defender o refutar estas hipótesis se realiza un análisis de las diferentes estrategias que pueden seguir las potencias internacionales —Estados Unidos, China y Rusia— y regionales —Pakistán, India, Irán, Turquía y Monarquías del Golfo, presuponiendo que Afganistán se ha vuelto a convertir en una pieza de ajedrez clave en el nuevo Gran Juego de Asia Central del siglo XXI.

2. Encuadre teórico explicativo del comportamiento de los actores internacionales

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 sitúan a Afganistán, de nuevo, en la primera línea comunicativa y de las agendas diplomáticas internacionales. Los vínculos del movimiento talibán con la red terrorista al Qaeda, dirigida por Osama Bin Laden, situaron a Afganistán en el centro de las prioridades de la potencia hegemónica del momento: los Estados Unidos. Derrocar a los talibanes, eliminar a la organización terrorista al Qaeda, pero también ganar profundidad e influencia estratégica en Asia Central fueron los principales motivos por los que Afganistán vuelve a sufrir una nueva ocupación, esta vez llevada a cabo por un



notable y poderoso grupo de naciones lideradas por los Estados Unidos y la OTAN (Calvillo Cisneros, 2020b). Esta intervención militar se presentó como reacción de los Estados Unidos a los mencionados actos terroristas de septiembre de 2001, pero también supone un encadenamiento continuado de guerras. En las cuatro últimas décadas, el día a día de la sociedad afgana han sido los golpes de Estado, la invasión soviética, la guerra civil entre muyahidines, un gobierno totalitario de los talibanes y, por, último, la intervención de los Estados Unidos y de la OTAN.

El fin de esta guerra coincide con una etapa de incertidumbre en la sociedad internacional donde reina la confusión y el aumento de los movimientos estratégicos anti-líder generando tensiones entre las potencias internacionales y regionales que aspiran a ocupar una posición de poder en la sociedad internacional contemporánea. Nos encontramos inmersos en una nueva etapa caracterizada por la anarquía del sistema de seguridad internacional donde los comportamientos self help están más vivos que nunca. La guerra, la lucha por el poder y la búsqueda de ventajas con respecto a otros actores —ganancias relativas— se convierten en las preocupaciones centrales de las potencias internacionales y regionales del sistema de Estados.

En este marco teórico, “el realismo ofensivo recuerda que la seguridad y la supervivencia de los Estados nunca están totalmente garantizadas en un entorno de anarquía. Los Estados únicamente optimizarán su seguridad si emprenden políticas orientadas a la maximización de su poder e influencia” (Moure Peñin, 2015, pág. 87). De esta forma, “cuanto mayor es la ventaja militar que un Estado tiene sobre los demás, mayor será su seguridad” (Mearsheimer, 1994). Siguiendo la doctrina del realismo ofensivo, las potencias, internacionales y regionales se encuentran obligadas a competir por mejorar su posición relativa —sus ganancias relativas— en el sistema internacional porque esto les generará mayores cuotas de seguridad.

En paralelo, la teoría de la interdependencia compleja de Robert Keohane y Joseph Nye (1989) reconocía la existencia de canales múltiples que conectan a las sociedades, que incluyen nexos informales entre élites gubernamentales y nexos informales entre élites no gubernamentales y organizaciones transnacionales. Estos canales se sitúan en los tres niveles de análisis de las relaciones internacionales: interestatales, transgubernamental y transnacional. Según la interdependencia compleja, la agenda de las relaciones internacionales se encuentra formada por una variedad de temas sin una jerarquía clara, lo que significa que la seguridad militar ya no domina la agenda (Barbé, 2004). En el caso de Afganistán se entrelazan los actores estatales y no estatales, y esta relación genera dinámicas cooperativas y conflictivas que condicionan la estabilidad del país.

Afganistán recobra su condición de “estado tapón” cuyo espacio geográfico es clave para que las potencias del área ganen profundidad estratégica hacia Asia Central. China, Rusia, Pakistán, India, Irán, las monarquías del Golfo, Turquía, y también los Estados Unidos, pretenden mejorar sus ganancias relativas en esta parte del mundo a través de conseguir una posición preferente en los sectores económicos, comerciales y de seguridad y, para ello, Afganistán recupera su condición de peón en la partida del ajedrez regional.

3. El nuevo rol de los Estados Unidos

Afganistán ha sido la guerra más larga de todas en las que ha participado Estados Unidos generando un desgaste a nivel político-diplomático, económico, humano y psicológico. Esta retirada ha sido la constatación de que su influencia se ha visto reducida en el escenario internacional, sin querer decir que no siga siendo una potencia hegemónica, pero ya de un sistema multipolar —o apolar— y no de un sistema internacional unipolar como el de la década de los noventa y principios del siglo XXI. Afganistán es la verificación de que la superpotencia hegemónica ha dado un paso hacia atrás y se ha igualado con otras potencias del escenario internacional convirtiéndose en una especie de primus inter pares, pero en un mundo de competencia, enfrentamiento y rivalidad.

Es lógico que la salida de los Estados Unidos haya generado un debate sobre el rol que la potencia va a jugar en las relaciones internacionales a partir de estos momentos y, parece claro, que el papel como policía

mundial ya no va a formar parte de sus prioridades. Juan Tovar (2021) nos apunta que: “el ascenso de China constataba que escenarios como Afganistán no se habían convertido en otra cosa que en una distracción estratégica de elevado coste que obliga a los Estados Unidos a focalizar su atención en este Estado de Asia Central frente a los problemas cada vez más acuciantes y mucho más relevantes estratégicamente de Asia-Pacífico” (Tovar, 2021, pág. 4). En efecto, una guerra interminable, donde las pérdidas eran mayores a los beneficios, ha sido el motivo por el cual los Estados Unidos han decidido abandonar Afganistán para poder concentrar sus energías y capacidades en otros escenarios donde su hegemonía pueda correr más riesgos.

Pero esta decisión no debe significar un abandono absoluto de la cuestión afgana porque varios son los riesgos existentes para la estabilidad regional e internacional y para los intereses de los Estados Unidos y sus aliados, como por ejemplo, que el territorio vuelva a ser un espacio perfecto para el asentamiento de grupos terroristas, redes criminales del narcóticos y del tráfico de armas o la intromisión de otras potencias con intereses geopolíticos y comerciales contrarios a los intereses de los Estados Unidos.

En ese sentido, las decisiones que la Administración Biden puedan tomar tendrán un efecto inmediato, una especie de estrategia espejo, en sus adversarios regionales, principalmente China y Rusia, por lo que una señal de abandono rápidamente tendría un movimiento de reacción por parte de otras potencias regionales. De alguna forma, la retirada de Afganistán conlleva una nueva manera de hacer política para seguir estando presentes en el país, pero reduciendo significativamente los costes de tener desplegados un contingente militar y diplomático.

Desde la perspectiva de la seguridad, un empeoramiento de la situación fomentaría una mayor inestabilidad que tampoco interesa a los Estados Unidos ni a sus aliados en la región. El dejar de tener presencia militar en el suelo afgano no impide que Estados Unidos siga con atención y preocupación la evolución de grupos terroristas como el Estado Islámico del Khorasan (ISIS-K), los propios talibanes, las redes del narcotráfico o la influencia que otros estados puedan tener en el futuro del país. En este plano, la cooperación con Pakistán parece fundamental, a pesar de que no se ha mostrado como un socio fiable en la Guerra Contra el Terror, sin embargo, canalizar la frustración y la ira hacia Pakistán supondría un error estratégico en un momento crucial para toda la región. En esta línea de cooperación obligada, el ex embajador de los Estados Unidos en Afganistán y Pakistán, Ryan Crocker declaró que: “Estados Unidos cometió un error al distanciarse de Pakistán en la década de 1990 y estaría repitiendo el mismo error si se aleja de Islamabad ahora. Necesitamos comprometernos con Pakistán sobre las formas de evaluar y hacer frente a esta amenaza mejorada” (Essay, 2021). Efectivamente, los grupos terroristas que amenazan la seguridad tanto de Estados Unidos como de Pakistán pueden fortalecerse en un Afganistán sin control.

Desde el plano geoestratégico, parece difícil que los Estados Unidos abandonen proyectos importantes para sus intereses como la construcción de gaseoductos que atraviesan Afganistán para conducir el gas procedente de Asia Central, principalmente de Turkmenistán, y así reducir la influencia de Rusia. Las necesidades energéticas de Pakistán e India, y también de Afganistán, hacen que este tipo de proyectos, de momento virtuales, pueda tener el empujón necesario y definitivo para su ejecución. A modo de ejemplo, el proyecto del gaseoducto TAPI (Turkmenistan-Afghanistan-Pakistan-India), diseñado por los Estados Unidos a mediados de los años noventa, ha centrado el interés de la comunidad internacional dedicada a las cuestiones de la seguridad energética en la región de Asia Central y Asia del Sur. A finales de 2015, se retoma el proyecto generando unas expectativas positivas sobre la integración de las infraestructuras energéticas en Asia Central y del Sur, a pesar del escepticismo que ha rodeado a este megaproyecto (Anceschi, 2017).

Sin embargo, el TAPI no se ha podido ejecutar por problemas de seguridad derivados de la inestabilidad habitual en la que está inmerso Afganistán, pero también es cierto que el proyecto nunca se ha abandonado definitivamente, por lo que podríamos tener una nueva oportunidad de impulsar este y otro tipo de proyectos similares. En este marco, el nexo entre la paz y la conectividad energética está vinculado al éxito en la construcción del TAPI y para ello, se requiere del establecimiento de negociaciones con los talibanes (Rubin, 2015).

Por otro lado, con sus aciertos y errores, los Estados Unidos y también la Unión Europea son los únicos actores con cierta capacidad de influir en el cumplimiento, aunque sea mínimo, del marco jurídico de los derechos humanos. No parece que el resto de los actores influyentes en el futuro de Afganistán vayan a realizar una injerencia en los asuntos internos del país para proteger los derechos humanos ni tampoco vayan a practicar una política humanitaria condicionada al cumplimiento de estos derechos humanos.

En esta nueva etapa, la retirada física de los Estados Unidos de Afganistán no implica que abandone la región ni sus intereses nacionales porque muchos son los riesgos a los que se puede enfrentar si culmina una salida total. En este sentido, tres son los escenarios que se abren para los Estados Unidos: a) una cooperación activa con los talibanes; b) la actuación a través de actores proxy; y c) volver a la injerencia de la soberanía de Afganistán a través de la presencia militar. De los tres escenarios, los dos primeros son los más probables y el tercero el más descartable.

En relación con una cooperación activa con los talibanes, cabe decir que varios son los intereses comunes que se abren en el futuro inmediato, como son, por ejemplo, la lucha contra un enemigo común como el Estado Islámico, para la cual es factible una cooperación entre la inteligencia norteamericana y los talibanes. A los talibanes les interesa un Afganistán sin la competencia activa del ISIS-K y a los Estados Unidos la eliminación de todo grupo terrorista encaja perfectamente con su agenda exterior. Por otro lado, la construcción de gaseoductos, como el TAPI, requiere de la cooperación entre todas las partes, fundamentalmente entre Turkmenistán, los Estados Unidos y los talibanes, por lo que la teoría de las ganancias absolutas —todos ganan— se presenta como una fórmula para tener en cuenta.

Si no fuese posible poner en práctica este escenario, la utilización de agentes proxy, como puede ser Pakistán, será crucial para que los Estados Unidos sigan teniendo una presencia virtual en el devenir de Afganistán, aunque, como es lógico, su capacidad para influir en las decisiones será menor. Pakistán tiene en su agenda intereses similares a los de Estados Unidos y los talibanes, como son la estabilidad y la importancia de la energía, por lo que Islamabad se presenta como un actor influyente en un marco de cooperación regional y en un agente importante para los Estados Unidos. No obstante, ha de tenerse en cuenta que Pakistán acostumbra a jugar sus partidas con dos barajas lo que provoca una cierta inquietud a los Estados Unidos (Sánchez Arresegor, 2021). El tercer escenario supondría el fracaso de los dos anteriores y volver a cometer los mismos errores que en el pasado, por lo que descartamos esta posibilidad.

Evidentemente, que Estados Unidos deje de tener presencia militar y diplomática en Afganistán le resta capacidad para influir en las decisiones importantes que se adopten, pero esto no significa que abandone sus objetivos, sino que su influjo se canalizará por otros medios, como la cooperación económica bilateral o a través de organismos multilaterales, una defensa diplomática en los foros internacionales e, incluso y si fuese necesario, a través de la inteligencia militar en su lucha contra otros grupos terroristas.

4. El despertar definitivo de China

Justo después de la retirada de los Estados Unidos, los ojos de expertos y analistas internacionales se fijaron en China como la encargada de recoger el testigo como actor influyente en el nuevo Afganistán. Sin duda, los movimientos del gigante asiático anteriores a la victoria talibán pudieran presagiar que se posicionaba como el actor que iba a brindar el soporte necesario a la administración talibán dada la retirada de importantes ayudas económicas comprometidas por la comunidad internacional durante la intervención estadounidense.

El tradicional realismo político imperante en la política exterior de China lleva a preguntarse cuales son los verdaderos objetivos y preocupaciones de este país en Afganistán y la respuesta es clara y concreta: seguridad e intereses comerciales. Estas dos cuestiones quedaron evidenciadas en la primera reunión de ministros de Asuntos Exteriores de los países vecinos de Afganistán celebrada el día 8 de septiembre de 2021, apenas veinte días de la toma del poder y recientemente configurado el primer gobierno talibán, donde el ministro de Relaciones Exteriores, Wang Yi, afirmó que: “Siendo países vecinos, ningún otro país es más reacio que

nosotros a ver a Afganistán caer en una nueva guerra y a ver el surgimiento de más desastres; y ningún otro país anhela más que nosotros que Afganistán recupere la paz y materialice el desarrollo” (Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Popular de China, 2021). En esta reunión, China mostró una gran preocupación e instó a los talibanes a que rompieran todo tipo de relación con otros grupos extremistas islámicos tratando de erradicar el terrorismo como forma de acción política, que se elimine la producción y el tráfico de drogas y esfuerzos en mantener los puertos terrestres abiertos y seguros para fomentar intercambios económicos y comerciales con Afganistán y con el resto de la región.

Los antecedentes recientes de la acción exterior China en Afganistán muestran que lleva años intentando jugar un rol influyente, pero en la sombra, para conseguir estos dos objetivos mencionados. En la última década, mientras los Estados Unidos organizaba su retirada de Afganistán y Rusia recuperaba su posición influyente en Asia Central, China ha ido aplicando una estrategia de política armoniosa, pero intentando dominar el escenario, para ir consiguiendo gradualmente sus objetivos.

En primer lugar, desde el punto de vista de la seguridad, China se encuentra preocupada por el movimiento independentista uigur de la provincia de Xingiang. Esta población, de aproximadamente ocho millones de habitantes que profesan la religión musulmana de la rama sunita, es considerada por el gobierno chino como una auténtica amenaza a su seguridad y también un elemento de inestabilidad para sus intereses en la región. Los miedos de China en este aspecto son básicamente dos: a) que el movimiento uigur tenga influencia y contacto directo con grupos como al Qaeda, ISIS-K o el Movimiento Islámico de Turquestán Oriental (ETIM) que podría provocar un fortalecimiento del movimiento independentista en la provincia de Xingiang; y b) que esa posible desestabilización afecte a sus asuntos internos y a la posición dominante de China en relación con el comercio regional.

China ha tenido tiempo de diseñar su estrategia exterior en la región una vez concluyera la salida de los Estados Unidos de Afganistán y ha sabido utilizar su smart power, combinando elementos de soft power y hard power, para ganar peso como interlocutor fiable para todas las partes en conflicto. En este marco, uno de los primeros pasos dados por Pekín fue la firma de un acuerdo de cooperación en 2012 por el que el gobierno de Hamid Karzai obtuvo un importante respaldo económico de 85 millones de dólares destinados a mejorar el entrenamiento de las fuerzas contraterroristas afganas (Rastogi, 2019). Asimismo, se inició la construcción de una base militar en 2016 dentro del territorio afgano, justo en el límite con la frontera de Xingiang, con el fin de evitar incursiones islamistas en su territorio y respaldar al gobierno de Ashraf Ghani en su lucha contra el terrorismo.

En esta época, China no veía mal la vuelta de los talibanes siempre y cuando fuera capaces de controlar y estabilizar el país a fin de que la región no se viera contaminada por el extremismo islámico. Dicho de otra forma, China jugaba la partida a varias bandas en aras de conseguir sus objetivos: eliminar el terrorismo en la región y fortalecer su posición en el plano comercial. Como buen jugador, China también ha tenido un papel clave en atraer a la mesa de las conversaciones de paz a actores como Pakistán, valedor de los talibanes afganos. Ya en 2014, China promovió un diálogo trilateral con Pakistán y Afganistán abogando por una solución negociada entre el gobierno afgano y los talibanes. En definitiva, China ha organizado conversaciones de paz paralelas al proceso de Qatar entre los Estados Unidos y los talibanes haciendo valer su propia agenda regional.

En los últimos años, en la línea de Michael Clarke (2021) “China trató de utilizar la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) para mediar los intereses divergentes que los países de la organización tienen en Afganistán. Pero Pekín, perdió la paciencia con la discolpa OCS y ahora está sacando más partido a herramientas “minilaterales” como el Mecanismo Cuadrilateral de Cooperación y Coordinación con Tayikistán, Pakistán y Afganistán y el “Grupo China+C5” (China y las repúblicas de Asia Central). Estos esfuerzos siguen centrados en proteger Xinjiang de cualquier contagio terrorista procedente de Afganistán” (Clarke, 2021). Esta estrategia puede permitir a China ser más autónoma en la región sin tener que contar con la colaboración de otros actores influyentes como Rusia o India. Ahora bien, la red tramada por Pekín se asentaba sobre la base de un cambio tranquilo en Kabul y de un gobierno de unidad nacional afgano donde los talibanes tuvieran una



posición preponderante, pero no de control absoluto. El nuevo paradigma donde los talibanes tienen el monopolio del poder provoca cierto nerviosismo en las autoridades chinas, que no terminan de ver a los talibanes —y a los señores de la guerra asociados al grupo— como un aliado fiel. Para China lo fundamental siempre ha sido la estabilidad de su frontera y de la región, independientemente de quién gobierne el país y de cómo lo gobierne.

En segundo lugar, desde la perspectiva económica, China se presenta como el mejor socio económico para la reconstrucción del país y, al mismo tiempo, se garantiza una posición estratégica privilegiada para consolidar su influencia en la región en contraposición con otros rivales como India. Afganistán necesita emprender un programa de reconstrucción de infraestructuras y de energía a nivel nacional y China es el único actor internacional con capacidad de ayudar en esta ardua labor, dado el paso atrás, que no abandono, de los organismos multilaterales y donantes internacionales de marcada influencia occidental.

Al mismo tiempo, es una oportunidad para que el gigante asiático obtenga una posición privilegiada en el control de las rutas comerciales regionales, en el marco de su estrategia One Belt and One Road y de tener una posición de privilegio en la extracción los suculentos beneficios del mercado mineral afgano y demás recursos naturales. Por otro lado, para los talibanes China debería ser un socio interesante porque entre las exigencias de Pekín nunca se encontrarán la condicionalidad de las ayudas al respeto de los derechos humanos, la dignidad, la democracia o el cumplimiento del estado de derecho.

Pero Pekín también tiene un objetivo más ambicioso de promover la inversión económica como parte de su plan más amplio para el desarrollo regional a través de su Belt and Road Initiative —One Belt and One Road—. Aunque la frontera que China comparte con Afganistán sólo tiene 76 kilómetros de longitud, esta pequeña puerta abre a una vasta extensión de mercados y suministros necesarios para el continuo desarrollo económico de China. Esta iniciativa, junto con el Corredor Económico China-Pakistán (CPEC), pretende conectar Asia Central, Pakistán y Afganistán con Oriente Medio, África y Europa, a través de una faraónica red de infraestructuras comunicativas y de transporte (Jafari, 2020).

Por otro lado, que los talibanes puedan asentarse en el poder dependerá del rol que China quiera jugar. El gigante asiático dispone de los recursos económicos necesarios y, sobre todo, de un papel influyente en el resto de los países fronterizos con Afganistán. China ha realizado inversiones económicas muy importantes en Pakistán y las repúblicas de Asia Central y las relaciones entre China e Irán también están mejorando. En general, China juega un rol influyente para convencer a los vecinos afganos que cooperen con el régimen talibán, siempre a cambio de la deseada seguridad regional.

En definitiva, la seguridad y la economía se entrelazan en el posicionamiento de China en el nuevo Afganistán talibán y sus movimientos estarán determinados por posibles variaciones que puedan poner en riesgo ambas cuestiones. Tres escenarios son posibles: a) una colaboración estrecha con los talibanes a fin de garantizar la seguridad de China y la estabilidad de la región sin presencia militar del gigante asiático en el territorio afgano y una cooperación fuerte en materia comercial y económica; b) una colaboración pragmática en función de que los talibanes no sean capaces de garantizar la ansiada seguridad conllevando un apoyo militar puntual en la lucha contraterrorista; y c) un intervención de China en aras de garantizar, con sus propios medios, la seguridad en Afganistán. De todos estos escenarios, el primero y el segundo son los más posibles sin descartar definitivamente el tercero, aunque sería el menos probable porque derivaría, de nuevo, en una situación de alta conflictividad que iría en contra de los intereses de China.

5. Rusia y la recuperación de su área de influencia

La derrota soviética en la década de los 80 y las afinidades étnicas entre Afganistán y las repúblicas centroasiáticas son cuestiones necesarias para comprender cual puede ser el rol de Moscú en los próximos años. El fin de la intervención internacional en Afganistán fue visto, en una primera fase, con cierto optimismo

ya que supuso un debilitamiento de los Estados Unidos, siempre bien recibido por la Rusia nacionalista muy influyente en la configuración de su acción exterior. En esta línea, Denis Kolesnik (2021) afirma que: “Dada la lógica de confrontación con occidente, cada fracaso estadounidense es una victoria para Rusia por defecto. Y la retirada americana es un descalabro significativo para la credibilidad de Washington en todo el mundo” (Bustos, 2021).

Muy pronto se observaron las grietas que dejaba la comunidad internacional presente en Afganistán y por las que se podían filtrar serias amenazas a la estabilidad de Rusia y a su influencia en la región. En este sentido, Alex Kokcharov (2021) sostiene que: “La marcha de las tropas estadounidenses y la llegada de los talibanes al poder llevar a la región a un nuevo escenario que preocupa tanto a Rusia como a algunos de sus aliados” (Bustos, 2021). Es evidente que a Moscú le inquieta la seguridad de la región y, a pesar de los contactos que se vienen manteniendo con los talibanes antes de la toma del poder, el Kremlin muestra una preocupación por la posible desestabilización regional que pueda producirse en un corto plazo de tiempo. Lo que en un primer momento fue visto con cierta satisfacción, pronto se convirtió en preocupación.

En efecto, los riesgos y desafíos para la seguridad de Rusia los podemos clasificar en tres grandes grupos: a) el efecto psicológico de euforia que pueda surgir en los grupos terroristas de la región —por ejemplo, chechenos o el extremismo islamista del Valle de Fergana—; b) el aumento del tráfico de drogas y su vinculación con la financiación del terrorismo; y c) el crecimiento de los flujos migratorios que tengan a Rusia como destino final y al resto de república ex soviéticas como lugares de tránsito.

Con la salida de los Estados Unidos, Rusia tiene una oportunidad de ganar peso en la región —o no perderlo— a través de su versión más nacionalista de acción exterior tratando de recuperar su influjo en el espacio post soviético. La escuela nacionalista de política exterior rusa parte de posicionarse como una potencia regional, pero al mismo tiempo, combinar acciones de cooperación en aquellas parcelas de interés común, como por ejemplo fue la colaboración con los Estados Unidos en la lucha contra al Qaeda y los talibanes en los inicios del siglo XXI. María José Pérez del Pozo (2016) afirmaba que: “Rusia aprendió a trabajar con antiguos enemigos, como los muyahidines afganos que forman la Alianza del Norte, antitalibán, con ayuda y armamento ruso, próximos a la frontera de los países de Asia Central. Los atentados del 11 de septiembre de 2001 y el objetivo común de luchar contra el terrorismo llevaron a Putin a poner a disposición de la Administración Bush y la operación Libertad Duradera su espacio aéreo, sus contactos con la Alianza del Norte y los antiguos aeródromos soviéticos en Asia Central” (Pérez del Pozo, 2016, pág. 12).

A pesar de que el Kremlin calificó a los talibanes como terroristas tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, también es cierto que se han establecido marcos de colaboración entre ambos actores en los últimos años con el fin de debilitar la hegemonía de los Estados Unidos. No obstante, Rusia comparte enemigo con los talibanes que es la amenaza que representa el Estado Islámico y sus filiales. Rusia no quiere que su área de influencia se encuentre amenazada por el terrorismo, lo que le lleva a tener que, por un lado, profundizar en la cooperación con los talibanes para que éstos traten de frenar, por todos los medios, a los grupos afines al Estado Islámico y, por otro, a aumentar su presencia y contribuciones económicas a los vecinos afganos aliados de Moscú como son Uzbekistán, Tayikistán y Turkmenistán. De hecho, Uzbekistán, Kirguistán y Tayikistán han solicitado a Rusia que aumente su presencia en las bases militares desplegadas en sus territorios —de las más grandes fuera de Rusia— y han solicitado a Moscú la venta de armamento y material militar para fortalecer sus fronteras (CSIS, 2021).

Apenas semanas antes del regreso de los talibanes a Kabul, Rusia, Tayikistán y Uzbekistán realizaron maniobras conjuntas muy cerca de la frontera afgana (Reuters, 2021) como una demostración de fuerza ante el inminente regreso de los talibanes al poder. Aunque no quiera, de una u otra manera, Rusia está obligada a estar presente en el futuro del nuevo Afganistán. En una visita oficial de Vladimir Putin a Kirguistán en septiembre de 2021, el presidente ruso afirmó que “es poco posible que la situación en Afganistán cambie a mejor una vez retiradas las tropas de la coalición internacional de este país, por eso, la presencia militar rusa en esta región en caso de necesidad podrá ser empleada para la lucha contra el terrorismo, el extremismo y el



narcotráfico” (New Counsel, 2021).

En este sentido, también son tres los escenarios que se presentan para Rusia: a) estrechar lazos de colaboración con los talibanes como socios fiables en la lucha contra un enemigo común, el control de los narcóticos y frenar los flujos migratorios; b) si esta colaboración no da sus frutos, la solución pasaría por ofrecer alternativas de colaboración a través de otros estados regionales o, incluso, intervenir a través de agentes de aproximación —proxy— como, por ejemplo, Uzbekistán; y c) si ninguna de las dos opciones anteriores tiene éxito, de nuevo una intervención armada en Afganistán. De estos tres escenarios, el más probable es el primero y el último el menos factible de todos.

En relación con el primer escenario ha de tenerse en cuenta que el nuevo gobierno talibán está configurado por el ala más dura y veterana que lucharon, muchos de ellos, contra los soviéticos en la década de los ochenta. Para este grupo de talibanes, los rusos siguen representando al enemigo que quiso imponerles un sistema laico y comunista y también el actor que les calificó como terroristas a principios del siglo XXI. Por esta cuestión, será complicado que el diálogo entre el Kremlin y Kabul sea sostenible en el tiempo, aunque en una primera fase esta cooperación pueda dar frutos en la lucha contra el Estado Islámico y los narcóticos, principales amenazas para Rusia. En este escenario también es importante el papel que Rusia podría desempeñar para paliar los efectos de la crisis humanitaria afgana ya que esta situación, sumadas a la desestabilización política y al régimen de terror impuesto por los talibanes, podría ser una de las principales causas del aumento de los flujos migratorios.

En el segundo escenario, los países de Asia Central fronterizos con Afganistán se encuentran divididos en relación con una posible alianza con los talibanes. Mientras que Turkmenistán se posiciona en el espacio de la neutralidad, Uzbekistán apuesta por establecer lazos de cooperación con los talibanes en aras de reducir el tráfico de drogas y de luchar contra el terrorismo y Tayikistán se muestra contrario a dialogar con el gobierno radical de Kabul. Esta falta de cohesión entre los países fronterizos nos demuestra que la influencia de Rusia en la región no es absoluta y que cada estado juega su propia partida a la espera del posicionamiento que vayan a tener otras potencias como China, Pakistán e Irán.

El tercer escenario, el de una posible intervención militar de Rusia en Afganistán es muy poco probable que suceda porque, por un lado, Rusia tiene concentradas sus capacidades militares en otros teatros como Ucrania, el Cáucaso y Siria y abrir otro frente en Afganistán, a sabiendas de la experiencia de los años ochenta resulta más que improbable.

Por tanto, el rol de Rusia en el Afganistán actual es complejo porque la única salida eficaz pasa por confiar en una alianza con los talibanes, aun reconociendo que el grupo no está tan cohesionado como en los noventa y que las diferentes familias intra talibán puede condicionar el cumplimiento de los objetivos rusos en la región. En definitiva, el rol que Rusia ha de jugar es difícil porque, por un lado, la intervención militar no entra en sus planes, pero, por otro lado, no quiere que Afganistán se convierta en un problema para una región en la que sigue teniendo muchos intereses y cierta influencia.

6. Pakistán, el ambiguo amigo de los talibán

Las relaciones entre Pakistán y Afganistán siempre han estado marcadas por las tensiones derivadas desde la formación de Pakistán como escisión de India, no reconocida en un primer momento por Afganistán, y que los ha llevado a tener relaciones diplomáticas inestables a lo largo de la historia reciente¹. En este marco, el surgimiento del movimiento talibán en la década de los noventa está vinculado directamente a Pakistán ya que fue quien proporcionó la financiación necesaria para su formación, le otorgó la complicidad política y les

¹ A modo de ejemplo, decir que el apoyo de Afganistán al separatismo pastún es anterior a la creación de Pakistán en 1947. En los años inmediatamente posteriores a la de la independencia de Pakistán, Kabul proporcionó ayuda a los líderes paquistaníes que defendían el proyecto de crear un Pastunistán. De hecho, Afganistán votó en contra de reconocer a Pakistán como miembro de las Naciones Unidas hasta la década de los años donde algunos funcionarios afganos apoyaron la creación de una confederación que incluyera a Afganistán, Pakistán y Pastunistán con el fin de debilitar al recién nacido estado paquistaní.

entregó el material militar preciso para llevar a cabo sus campañas en Afganistán. Ahmed Rashid (2021) afirma que: “Pakistán es el principal proveedor de armas y carburante a los talibanes. (...) En el informe anual sobre terrorismo mundial publicado el 30 de abril (de 2001) por el Departamento de Estado norteamericano, se decía que Pakistán seguía apoyando a los talibanes con carburante, dinero, ayuda técnica y asesoramiento militar” (Rashid, 2021, pag.13).

Este apoyo se produjo a pesar del régimen de sanciones impuesto por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (CSNU) mediante la aprobación de la resolución 1.333 de 19 de diciembre de 2000, por la que se decretó un embargo de armas, la incautación de las cuentas del gobierno de Afganistán en el extranjero y la prohibición de proporcionar al movimiento talibán material militar (Resolución 1.333 del CSNU, 2000). Además, a través de la resolución 1.363 de 31 de julio de 2001, y bajo la sospecha de que Pakistán continuaba proporcionando armamento a los talibanes, se creó un grupo de observadores internacionales para velar por el cumplimiento de la resolución 1.333 (Resolución 1.363 del CSNU, 2001). Como reacción “los talibán y los partidos islámicos de Pakistán que los apoyaban, contestaron diciendo que matarían a todo observador de la ONU que se encontrara en la frontera entre Pakistán y Afganistán” (Rashid, 2021, pag. 13).

La posición oficial siempre ha sido negar públicamente esta colaboración, pero los hechos contradicen la postura gubernamental. Pakistán fue el primer estado en reconocer el régimen de los talibanes —junto con Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos— y también permite la financiación de las principales madrasas donde se forman los líderes talibanes afganos en su territorio. Por ejemplo, en la madrasa Haqqania, una de las más grande del país con aproximadamente 3.000 estudiantes, “la matrícula, el alojamiento y la comida son gratis: los estudiantes, en general, proceden de la más absoluta pobreza, y la madrasa obtiene sus fondos de los pakistaníes ricos, además de los musulmanes devotos y politizados de los países del Golfo Pérsico. Haqqania destaca no sólo por su dimensión, sino también porque es en la que se han formado más líderes de los talibán (Goldberg, 2001)”. Por otro lado, el Primer Ministro Imnra Khan Niazi ha jugado un papel importante en el proceso de negociación de paz entre talibanes afganos y la Administración Trump y no ha ocultado su satisfacción por el regreso de los talibanes al poder en Kabul (Ortiz de Zárate, 2021) permitiendo que Pakistán sea un interlocutor imprescindible para discutir la situación afgana en cualquier foro internacional.

Estos vínculos tan estrechos entre Pakistán y los talibanes afganos han sido fundamentales para que los líderes del grupo radical pudieran obtener el refugio y el apoyo necesario durante las últimas dos décadas. “Muchos talibanes de alto rango permanecen en Pakistán, donde viven sus familias, tienen propiedades y negocios y los combatientes heridos reciben atención médica” (Threlkeld y Easterly, 2021, pág. 5). Las evidencias del soporte de Pakistán hacia los talibanes afganos llevaron al presidente Asaraf Ghani a afirmar en un viaje oficial a Washington en 2015 que: “El problema fundamental para conseguir la paz en Afganistán no son los talibanes. El problema fundamental para conseguir la paz se encuentra en las relaciones entre Afganistán y Pakistán” (Rupert, 2015, pág. 14). Para Pakistán, la importancia de tener un gobierno amigo en Afganistan es crucial ya que le permite tener un espacio vital para garantizar su seguridad y ganar influencia en la región con respecto a India (Ortiz de Zárate, 2021). La victoria talibán altera el equilibrio regional en favor de Pakistán que obtiene una profundidad estratégica hacia el norte y el noreste restando influencia a India. Como nos dice Ángeles Espinosa (2021): “Pakistán siempre buscó un Gobierno afín en Kabul que le diera profundidad estratégica frente a la India, un rival con el que ha mantenido cuatro guerras desde la partición en 1947, tras la independencia del Reino Unido” (Espinosa, 2021).

Sin embargo, las autoridades de Pakistán no muestran el mismo aprecio hacia los talibanes nacionales. El apoyo al surgimiento de los talibanes afganos derivó en la creación, también, de un grupo de talibanes pakistaníes —Tehreek-e-Taliban Pakistan (TTP)— que reclamaban el control de las zonas tribales de Pakistán y la implantación de un emirato similar al afgano independiente de Islamabad. Las consecuencias del 11 de septiembre de 2001 y la intervención de los Estados Unidos conllevó un sentimiento de reacción por parte de los grupos más radicales —talibanes, al Qaeda y otros procedentes de Asia Central— que derivó en la creación del TTP.

Entre los talibanes existen afinidades y discrepancias, y estas últimas pueden ser el caldo de cultivo perfecto para acrecentar la inestabilidad en la frontera. A pesar de que los talibanes afganos se autoproclaman como un movimiento de liberación nacional, en su ideal se encuentra la unificación de todos los pastunes que viven en Afganistán y Pakistán ya que ninguno reconoce la Línea Durand como frontera física. El peligroso apoyo de Pakistán a los talibanes afganos es un “chute de moral para otros grupos islamistas violentos y alarma no solo a los países occidentales, sino también a importantes aliados de Pakistán como Arabia Saudí y China” (Espinosa, 2021).

Por otro lado, y al igual que sucede con Irán, Pakistán se enfrenta a la gestión de miles de refugiados afganos que huyen del país. Según cifras del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los refugiados (ACNUR), Pakistán acoge a casi 1,5 millones de afganos (ACNUR, 2021), sin contar los potenciales refugiados que podrían llegar tras el regreso de los talibanes a Kabul en agosto de 2021. Pero no debemos caer en el error de tratar la cuestión de los refugiados afganos en Pakistán como algo coyuntural porque es una situación endémica que tiene sus inicios en la invasión soviética y que se ha ido acrecentando según se han ido sucediendo los acontecimientos conflictivos en Afganistán.

Algunos autores ven con pesimismo el regreso de los talibanes, como por ejemplo, Juanjo Sánchez Arreseigor (2021) que entiende que: “aunque el régimen talibán logre consolidarse y perdurar, se mantenga amistoso y agradecido hacia sus patrocinadores pakistaníes, no reactive el irredentismo pastún contra Pakistán y no busque conflictos exteriores con Occidente u otras potencias, (hipótesis todas ellas bastante optimistas) los beneficios para Pakistán son en el mejor de los casos, futuribles e hipotéticos: Ni profundidad estratégica ni beneficios comerciales a corto o medio plazo” (Sánchez Arreseigor, 2021). Según este autor, la política exterior pakistaní en relación con Afganistán ha carecido del necesario grado de realismo porque el estamento militar, incluyendo sus servicios secretos, ha tendido a confundir sus temores, obsesiones y prejuicios con la realidad (Sánchez Arreseigor, 2021).

En efecto, si en el pasado los vínculos entre Afganistán y Pakistán han sido inestables y tensos, el futuro no va a ser menos y obliga a que se produzcan cambios en aras de conseguir una cierta estabilidad regional. Se identifican cinco ámbitos de trabajo para fomentar un contexto favorable para la paz: a) respeto a la soberanía de ambos reconociendo la Línea Durand como separación de los países y de la etnia pastún; b) la seguridad a ambos lados de la frontera; c) un cambio en las dinámicas geopolíticas que den paso a la cooperación entre estados frente al conflicto; d) establecer lazos transfronterizos basados en esta cooperación; y e) fomentar el comercio y la conectividad entre los dos países a través de una red de infraestructuras y de la comunicación que mejore el intercambio de mercancías y los espacios comunicativos. La duda está en si Pakistán quiere un cambio en el orden de seguridad en la región fomentando una relación más estrecha con Rusia, China e Irán para debilitar a India o, si por el contrario, piensa en refortalecer los deteriorados vínculos con los Estados Unidos causados por su apoyo a los talibanes afganos y posicionarse en el otro lado del tablero frente a China y Rusia.

7. La política exterior líquida de Irán

Identificar los objetivos de la política exterior iraní es complejo dada la retórica y el pragmatismo de su posicionamiento a veces incomprensible, y otras coherente, en los diferentes contextos que acontecen en la región. Profundizando en esta complejidad para identificar claramente sus objetivos, Paloma González del Miño y Juan Carlos Pastor (2020) nos dicen que: “La política exterior de Irán se ha ido adaptando a lo largo de las distintas presidencias y de las relaciones que ha mantenido el Ejecutivo con el líder supremo” (González del Miño & Pastor, 2020, pág. 169). Una especie de política líquida parece dirigir la acción exterior de Irán, sin que esto quiera parecer una improvisación, sino más bien una gran capacidad de adaptación al medio y al espacio temporal.

Para Irán, la región de Asia Central es vital porque representa un espacio fundamental para promocionar su influencia económica, comercial y cultural. Desde la caída de la Unión Soviética, las repúblicas de esta

región han visto en Irán un potencial socio con el cual poder reducir la dependencia de Moscú y, al mismo tiempo, satisfacer su imperiosa necesidad de encontrar una salida al mar para sus exportaciones (Pastor Gómez, 2021). Por otro lado, Irán ve en esta zona una forma de esquivar el régimen de sanciones económicas impuesto por los Estados Unidos.

En este plano económico y comercial, el país persa se encuentra en un cruce de caminos entre las dos potencias económicas de Asia, China e India, situando al país en una posición geoestratégica de vital importancia para los intereses de los gigantes asiáticos. Así, como nos dice Jun Carlos Pastor (2021): "(...) su economía sentirá los efectos del International North-South Transport Corridor (INSTC), un proyecto conjunto entre India, Rusia, Afganistán y Azerbaiyán para crear un corredor terrestre que uniese las grandes ciudades de Bombay, Teherán, Bakú, Moscú y los puertos comerciales de Bandar Abbas y Bandar Anzali en Irán" (Pastor Gómez, 2021, pág. 5). Y, al mismo tiempo, Teherán puede aprovechar su posición para ser una vía de entrada de las mercancías chinas por medio del Corredor Asia Central-Sudeste Asiático y como parte de la One Belt One Road.

En este escenario, Afganistán no es un convidado de piedra, sino que su rol es clave para crear la atmósfera necesaria para que Irán adquiriera un mayor protagonismo en la región. Teherán nunca se ha sentido cómoda con los talibanes en el poder, incluso llegó a apoyar económica y militarmente a la Alianza del Norte en su lucha contra los radicales pastunes y, también, Irán defiende a las minorías étnicas chiíes —principalmente los hazara, enemigos acérrimos de los talibanes y del Estado Islámico— porque les considera parte de la herencia cultural persa.

Sin embargo, la realpolitik marca los intereses de ambos actores en la actualidad y, por ello, "Irán y los talibanes iniciaron un proceso de diálogo en 2019, auspiciado por Moscú, con el objetivo de debilitar la posición de los Estados Unidos en Afganistán y de restar influencia a otros actores como Arabia Saudí y Turquía" (Pastor Gómez, 2021, pág. 10). Además, la cooperación establecida entre ambos ha estado marcada por la lucha contra un enemigo común: el Estado Islámico. Aunque el número de atentados del Estado Islámico en Irán no es comparable a los que ha cometido en otros territorios, existe una gran preocupación de que, dada la agenda sectaria del Estado Islámico, pudieran aumentar el número de atentados en Irán o contra la población chiita de Afganistán (Clark, 2021), especialmente si el ISIS-K crece y se extiende por el país.

Teherán quiere estar presente en el futuro de Afganistán porque los problemas de este país pueden convertirse en complicaciones para el cumplimiento de sus objetivos. Irán siempre se ha caracterizado por tener una visión pragmática en política exterior, lo que le ha hecho negociar con grupos tan dispares como al Qaeda en Irak, los acuerdos ya mencionados con los talibanes o la colaboración con los Estados Unidos para reducir el tráfico de drogas a través de su porosa frontera afgana (Clark, 2021). En este realismo político, Irán está dispuesta a apoyar a los talibanes si éstos se comprometen a luchar contra el ISIS-K y a proteger a los grupos chiitas, pero también, ha de tenerse en cuenta que la presencia iraní, aunque sea en forma de contribuciones económicas, puede ser un aliciente para que estos grupos más extremistas aumenten su presión contra los hazara y los talibanes y favorezcan la desestabilización.

Otras de las preocupaciones de Irán son el tráfico de drogas a través de su porosa frontera, el aumento del flujo de refugiados y la endémica crisis humanitaria que sufre el país. En cuanto a los refugiados, Irán es el país, junto con Pakistán, que más afganos acoge desde la década de los años 80. Según cifras del ACNUR en 2019 vivían en Irán aproximadamente tres millones de afganos de los cuales un millón son considerados refugiados² (ACNUR, ACNUR, 2021). La situación derivada de la pandemia COVID-19 y la preocupación de Irán porque la llegada de nuevos refugiados pueda desestabilizar algunas partes del país y suponer un problema de seguridad ha provocado que la República Islámica cierre sus fronteras con Afganistán. Pero no podemos caer en el error de analizar la llegada de un número importante de refugiados a Irán, y a otros espacios geográficos,

² Esta cifra no incluye la población huida del país durante el año 2021 como consecuencia del regreso de los talibanes, por lo que las cifras podrían ser mayores.

como consecuencia del regreso de los talibanes. En realidad, los refugiados afganos representan la segunda nacionalidad, justo por detrás de sirios, más importantes en número de refugiados a nivel mundial y la que más años lleva soportando su condición de refugiados.

Aunque en un primer momento la República Islámica de Irán mostró una profunda satisfacción con la salida de los Estados Unidos de Afganistán, como quedó de manifiesto con las declaraciones del nuevo presidente iraní, Ebrahim Raisi en las que sostuvo que "la derrota militar de Estados Unidos debe convertirse en una oportunidad para restaurar la vida, la seguridad y la paz duradera en Afganistán" (Takey, 2021), rápidamente fueron conscientes de las amenazas que conlleva el regreso de los talibanes³.

Por último, si la cooperación entre Irán y los talibanes no obtiene los resultados deseados se presenta un escenario cargado de incertidumbre para ambos. Dependiendo de cómo se deteriore la situación de seguridad, Irán podría reproducir un modelo de intervención a través de sus agentes proxy similar a las actuaciones en los conflictos de Siria, Iraq y Yemen. Este es solo un escenario improbable, pero no descartable, por el que Irán pueda llevar a cabo una acción exterior de carácter ofensivo —realismo ofensivo— contra los talibanes en aras de conseguir unas ganancias relativas.

En definitiva, el analista del The Washington Institute, Farzin Nadimi (2021) lo define de forma sucinta: "Teherán está, sin duda, meditando varias opciones para asegurar sus intereses al otro lado de su frontera, ya sea librando una guerra por delegación, interviniendo directamente, trabajando con los talibanes o tratando de mantener el statu quo" (Nadimi, 2021). Lo cierto es que, en el marco de la política exterior líquida, las actividades iraníes en Afganistán tienden a estar envueltas en la ambigüedad, con objetivos que aparentemente han girado en torno a interferir en la estrategia de la coalición internacional cooperando con elementos insurgentes, colaborando con los Estados Unidos y las Naciones Unidas para frenar el narcotráfico o conteniendo a los grupos talibanes próximos a su frontera.

8. La política exterior de India

India ha sido un estado muy activo en el proceso de reconstrucción de Afganistán, probablemente el más comprometido de la región en las últimas dos décadas. Sus contribuciones han alcanzado los 3.000 millones de dólares desde 2001 que se han invertido en reconstruir la red de comunicaciones y transporte, ejecutar proyectos sanitarios, acciones humanitarias y fortalecer las instituciones afganas (Ahmadi & Singh, 2020). Dada la situación de emergencia que sufre Afganistán, los talibanes no deben renunciar a la crucial ayuda humanitaria procedente de cualquier actor, independientemente del impacto que esta cooperación pueda tener en sus potenciales aliados, como Pakistán. También hay que anotar que, tras la salida de los Estados Unidos, Afganistán pierde una parte muy importante de los fondos que mantenían la corrupta administración afgana — las estimaciones de las Naciones Unidas dicen que los Estados Unidos aportaban aproximadamente el 75% del gasto de la administración pública (Threlkeld & Easterly, 2021, pág. 21) —.

Las relaciones entre Pakistán e India se han caracterizado por la alta conflictividad. Como argumenta Josep Piqué (2021): "Pakistán, desde su convulsa independencia del Imperio Británico en 1947, ha mantenido una relación muy diferenciada con sus vecinos. Distante con Irán (teniendo en cuenta que el 15% de su población es chií), cercana con China y muy conflictiva con India, considerada enemiga no solo por la discusión sobre Cachemira, sino por su reciente historia y, particularmente, por el apoyo indio a la secesión del antiguo Pakistán Oriental, hoy Bangladesh. También por la represión de la enorme minoría musulmana en India, tan numerosa en población como la del propio Pakistán. Por otro lado, la carrera nuclear de ambos países y los enfrentamientos fronterizos hacen muy peligrosa esa rivalidad y justifican el acercamiento de Islamabad a Pekín, enemigo tradicional de Nueva Delhi" (Piqué, 2021). Efectivamente, la dinámica clásica entre ambos es el conflicto, aunque con la nueva situación política se abre una ventana de oportunidad para reconducir las relaciones entre ambos hacia una cooperación relativa, dado que a ninguno de los dos estados les interesa en

³ Recordar el asesinato de 11 diplomáticos iraníes en 1998 a manos de los talibanes en el consulado de la ciudad de Mazar-i-Sharif.

la actualidad un Afganistán incontrolable.

A pesar del cambio de régimen, India mantiene sus objetivos estratégicos en la región —ya hemos mencionado el proyecto INSTC que tiene el objetivo de mejorar su posición comercial con respecto a China y, en esa partida, Afganistán sigue siendo una baza importante. En ese sentido, con la salida de los Estados Unidos en agosto de 2021, Nueva Delhi ha realizado movimientos de acercamiento a los talibanes para abrir canales de comunicación y asegurar sus intereses (Threlkeld & Easterly, 2021, pág. 22) a cambio de seguir manteniendo sus contribuciones humanitarias —o incluso ampliarlas si fuese necesario—, movimiento que, por otra parte, inquieta a Islamabad que ve esta aproximación con preocupación y temor.

Para India se abren dos escenarios: uno multilateral y otro bilateral. En el escenario multilateral —más idealista—, Nueva Delhi tiene la posibilidad de desempeñar un rol más activo en la región fomentando una gran coalición de estados incluyendo a Pakistán, Irán, Rusia y China —superando las clásicas tensiones entre alguno de ellos—, además de los vecinos de Asia Central, con el objetivo de, primero, fomentar un proceso de paz sostenible en un Afganistán talibán a través de compromisos económicos, diplomáticos y de seguridad para todos los implicados y, segundo, acordar una estrategia donde los intereses de cada estado se vieran garantizados, al menos en parte, como puede ser, por ejemplo, la construcción del INSTC y la One Belt and One Road. Una estrategia neoliberal —en términos teóricos internacionalistas— donde lo más importante serían las ganancias absolutas frente a las relativas de los actores participantes maximizando el nivel de logros de todas las partes. En el escenario bilateral —más realista—, India puede dejar claro que no busca un conflicto por delegación —proxy war— con Pakistán en el territorio afgano y, a partir de aquí, fomentar una política bilateral con los talibanes en busca del interés particular, sin tener en cuenta el resto de los intereses regionales, estableciéndose una estrategia de realismo ofensivo donde cada actor buscaría sus ganancias relativas.

Lo cierto es que, independientemente de la estrategia que se adopte, lo más importante para los intereses de India y Pakistán es que Afganistán esté lo más estabilizado posible porque así habrá más probabilidades de que se reduzca el terrorismo y el extremismo violento en la región y se fomente una cooperación económica y de seguridad entre las partes. Tal vez, Afganistán sea una pieza clave para que India y Pakistán pueda establecer un acuerdo de mínimos en aras de la estabilidad y el desarrollo de la región y de sus propios intereses. En definitiva, una ventana de oportunidad para cambiar la clásica dinámica de conflicto por otra de cooperación.

9. Turquía y los lazos históricos con Afganistán

El siglo XXI trajo a Turquía un cambio en su doctrina exterior coincidiendo con la llegada al poder (2002) del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP). Desde este punto de inflexión, la acción exterior de Turquía ha pasado por varias etapas que han girado en torno a un futuro ingreso en la Unión Europea hasta crear una política exterior multifacética y revisionista. Ahmet Davutoglu (2011) destacó que: “Turquía necesita una política exterior versátil con una actitud constructiva basada en el lema “cero problemas con los vecinos”. Para llevar a cabo esta política, Turquía debería estar presente en todo el mundo defendiendo sus intereses económicos” (CIDOB, 2011, pág. 465).

En este plano de análisis, Turquía también tiene importantes intereses en Asia Central y, como ocurre con el resto de los actores regionales analizados, Afganistán vuelve a ser una pieza clave. Jaime Muga da Cruz (2020) afirma que: “Pese a su lejanía geográfica y a su en comparación más limitado poder económico, al lado de potencias más tradicionales como Rusia o China, Turquía ha logrado erigirse como uno de los estados más relevantes a la hora de analizar las relaciones, dinámicas y sucesos en Asia Central” (Muga, 2020). Es evidente que Turquía quiere ganar influencia al este de su frontera.

En el plano histórico y cultural, Turquía tiene una fuerte relación con Afganistán, de hecho, ambos países establecieron relaciones diplomáticas poco después de que adquirieran su independencia. Desde sus primeros pasos como estados, ambos han rubricado diversos acuerdos de amistad y cooperación. Estas estrechas

relaciones han continuado hasta el presente (Kaya, 2013). Por ello, el papel turco en Afganistán tiene un significado más relevante que el de cualquier otro país que ha estado presente durante la intervención internacional, porque no ha sido visto como un actor inquietante, confuso o ignorante de la cultura afgana, sino que ha sido conocedor de sus valores, tradiciones y costumbre y ha adaptado su estrategia de desarrollo y reconstrucción al respeto absoluto de la población afgana.

Para Turquía la presencia en Afganistán responde a dos motivos principales: a) una especie de deber de hermandad histórico y de ayudar a instaurar la paz en el país y; b) defender sus propios intereses estratégicos en la región. A Turquía no le interesa un Afganistán incontrolado e inestable porque esta situación derivaría en un caos peligroso para toda la región —pérdidas absolutas— y, por el contrario, si se consigue un Afganistán estable generará mayores cuotas de beneficio a sus vecinos —ganancias absolutas— y, como es lógico también para Turquía.

Ante esta situación cabe preguntarse cómo han sido las relaciones entre Turquía y los talibanes. Pues bien, no es indudable que Turquía ha mantenido unas relaciones especiales con las diversas administraciones afganas surgidas desde el Proceso de Bonn en 2001 hasta el regreso de los talibanes, y que también ha tenido un papel activo en tratar de calmar las relaciones entre los diversos gobiernos de Kabul e Islamabad. Las conocidas como Cumbres trilaterales entre Afganistán, Pakistán y Turquía tenían el objetivo de “mejorar las relaciones de los dos países, cuyos vínculos son tensos debido a la opinión afgana de que Pakistán apoya a los talibanes y que las regiones tribales en el noroeste de Pakistán se usan como base de guerreros talibanes que intentan derrocar al Gobierno afgano” (Kaya, 2013, pág. 61).

La versatilidad de la política exterior turca le empuja a tratar de mantener buenas relaciones con el nuevo gobierno talibán y seguir ocupando un lugar privilegiado, una vez que los Estados Unidos y la OTAN han abandonado el país pero, al mismo tiempo, los talibanes también buscan un acercamiento a Turquía porque ese movimiento les puede generar el reconocimiento de una parte de la comunidad internacional (Macgilliray, 2021) o, por lo menos, no recibir sanciones por actos que puedan cometer en su política interna.

El hecho de que Turquía haya sido el último estado de la OTAN en abandonar Afganistán y que se haya responsabilizado, con el visto bueno de los talibanes, de gestionar el aeropuerto internacional Hamid Karzai hasta el último momento de la ocupación, muestra que el rol de Turquía puede ser muy importante. Como nos dice Iain Macgilliray (2021): “Turquía puede ser un punto clave de comunicación entre los talibanes y occidente y podría proporcionar a Turquía el papel mediador regional al que ha aspirado durante mucho tiempo” (Macgilliray, 2021). Pero puede significar, también, que Turquía sea el único miembro de la OTAN que reconozca al régimen talibán, lo cual puede conducir a una brecha en las relaciones diplomáticas con Europa y los Estados Unidos.

El rol de Turquía en Afganistán también tiene serios riesgos para sus intereses estratégicos. En el hipotético escenario de que Turquía decida implicarse directamente en la estabilidad de un Afganistán talibán, este apoyo será económico y político-diplomático, ya que Ankara no podrá permitirse correr más riesgos en una lucha armada, por ejemplo, ayudando a los talibanes a batir al ISIS-K. En realidad, la versátil política exterior turca de los últimos años le está generando más enemigos que aliados: “Las acciones unilaterales en Siria, Libia y Azerbaiyán destacan una dirección de política exterior que es cada vez más reaccionaria y oportunista” (Macgilliray, 2021). La búsqueda de Turquía para tener un papel estabilizador y mediador en Afganistán parece tener más riesgos que beneficios.

Otro inconveniente que podría obstaculizar el papel de Turquía en la cooperación con los talibanes es la llegada de miles de refugiados afganos. En los meses previos al regreso de los talibanes, decenas de miles de afganos abandonaban el país por las fronteras terrestres, principalmente la de Irán y Pakistán. En el caso de los afganos que cruzaron la frontera iraní tenían la meta de conseguir llegar a Turquía para luego poder acceder a Europa (ACNUR, 2021). De hecho, los afganos son en la actualidad (noviembre de 2021) la nacionalidad que mayor número de solicitudes de asilo reciben las autoridades turcas: “Han pasado a encabezar la lista de

solicitantes de asilo que tratan de llegar a Turquía, y luego a Europa, suplantando a los sirios como el mayor grupo de nuevos migrantes que llegan, incluso cuando las cifras globales de migración han disminuido desde el máximo de 2015” (Gall, 2021).

En definitiva, Turquía tiene la posibilidad de ser un interlocutor fiable entre Afganistán y occidente y este rol le puede granjear beneficios, pero también pérdidas. En cuanto a los beneficios, puede obtener una profundidad estratégica en Asia Central y presentarse como un actor relevante, papel que ha querido jugar desde la desaparición de la Unión Soviética. En cuanto a los riesgos se encuentra la propia estabilidad interna derivada del aumento de la presión migratoria en el país y, en el plano externo, existe el peligro de que una aproximación a los talibanes sea percibida como un desdén por la Unión Europea y los estados miembros de la OTAN. Dada la versátil política exterior turca, la postura intermedia puede pendular en mantener relaciones de amistad con los talibanes a cambio de firmar otro acuerdo migratorio con la Unión Europea para contener a los refugiados afganos, pero esto no sería una estrategia a largo plazo, sino más bien solucionaría una situación coyuntural.

10. Monarquías del golfo: Arabia Saudí y Catar

En primer lugar, Arabia Saudí tuvo un rol muy importante en el surgimiento del grupo talibán en los años noventa. En realidad, el vínculo de Arabia Saudí con Afganistán se inicia cuando la Unión Soviética comienza a tener un papel protagonista en la vida política de Afganistán y se fortalece cuando los muyahidines comienzan la yihad contra el invasor soviético en la década de los ochenta. Como nos dice David Hernández (2020): “El Estado saudí comenzó a utilizar los recursos derivados del petróleo para apoyar a facciones y grupos en el extranjero, valiéndose también del wahabismo para promocionar su discurso entre comunidades musulmanes del mundo” (Martínez, 2020, pág. 46).

Efectivamente, Arabia Saudí comenzó a utilizar su riqueza para ganar influencia en el entorno regional y propagar los principios wahabíes por el mundo musulmán y los muyahidines eran, en esos tiempos, un aliado perfecto. Los saudíes tuvieron una participación mayúscula, junto con Estados Unidos y Pakistán, en la capacitación y equipamiento de los muyahidines en su lucha contra los soviéticos y animó a todos los musulmanes sunníes a que colaborarán en la yihad contra un enemigo que quería controlar Afganistán. Sin duda, este fue el embrión para que más adelante surgiera un grupo de combatientes que derivaría en la creación de la organización terrorista al Qaeda.

Actualmente, Arabia Saudí pretende ganar influencia en Oriente Medio y, con ello, debilitar la posición de Irán, su gran rival regional. En esta partida, un Afganistán talibán —pastún, sunita deobandí que es una corriente pakistaní muy próxima al wahabismo— podría ser una baza a favor de los saudíes porque ejercería una presión al país persa a tres bandas —Arabia Saudí, Afganistán y Pakistán—. Ahora, del deseo a los hechos hay un largo camino por recorrer porque todos los actores tienen sus propios intereses nacionales que defender. En la línea de Jonah Blank (2015), Arabia Saudí desea: “Mantener una relación profunda con Pakistán para avanzar en su sueño de ampliar su alcance ideológico más allá del mundo árabe” (Blank, 2015). En efecto, Riad trata de alcanzar este objetivo a través de una política de soft power con grandes inversiones económicas por todo el planeta, pero también con su sharp power⁴ difundiendo su doctrina salafista wahabí, financiando madrasas y líderes de opinión para difundir esta doctrina e influir en el devenir político y religioso del país y de Asia Central. En este contexto, Pakistán es un espacio crucial para expandir su ideología porque es el segundo país del mundo con mayor número de musulmanes y con una influencia mayúscula en el devenir de Afganistán.

Qatar ha sido la sede de las negociaciones políticas entre los talibanes, el gobierno nacional y los Estados Unidos por la que se firma el acuerdo definitivo de salida de las tropas internacionales, el fin de la Administración Ghani y el retorno del grupo pastún al gobierno de Kabul. Según Margarita Arredondas (2021):

⁴ Entendemos por Sharp Power como una política de penetración en la vida política de un estado a través del uso de las herramientas de la información y la comunicación.



“La mediación de Doha permitió el encuentro con autoridades estadounidenses, la retirada de algunos líderes afganos de las listas negras de occidente y la liberación de algunos miembros del grupo de prisiones afganas” (Arredondas, 2021). Dada esta influencia, no parece que Qatar vaya a estar alejado del futuro Afganistán talibán que, a cambio de su apoyo político y económico espera ganar influencia no sólo en Afganistán, sino también le sirva como trampolín para profundizar en Asia Central.

Aunque las relaciones entre las monarquías del Golfo no han pasado por su mejor momento, todo hace indicar que han vuelto a encontrar un espacio para la cooperación. En 2017 “Arabia Saudí, Emiratos Árabes, Bahrein y Egipto rompieron relaciones con Catar y ordenaron el cierre de fronteras tras las diferencias levantadas por las relaciones entre el emirato de Catar con Irán y Turquía, entre otros aspectos. Para evitar la imposición de un bloqueo, exigían a Catar que cumpliera con una serie de demandas, entre las que se encontraba el cierre de la cadena de televisión Al-Jazeera o la ruptura de las relaciones con Turquía, Irán y movimientos islamistas como los Hermanos Musulmanes” (Oficina Comercial de España en Riad, 2021). Sin embargo, en enero de 2021 se abre una nueva etapa en las relaciones diplomáticas entre Arabia Saudí y Catar donde aparecen espacios de cooperación y, uno de estos espacios podría ser la estabilidad de Afganistán.

11. Conclusiones

La satisfacción que supuso la retirada de los Estados Unidos para sus adversarios políticos fue rápidamente sustituida por sentimientos de incertidumbre y temor a que Afganistán se convirtiera, nuevamente, en una zona de caos. En efecto, los estados vecinos de Afganistán son conscientes de que comparten enemigos con los talibanes y, por tanto, se encuentran en una posición que les obliga a practicar una cooperación activa en aras de conseguir una estabilidad deseada por todos.

Desde el plano securitario, el terrorismo del Estado Islámico, así como un estado de euforia que ha despertado en otros grupos radicales islámicos el regreso de los talibanes al poder, inquieta a naciones como China, Rusia, las repúblicas de Asia Central y Pakistán. Y también, preocupa que la producción y el tráfico de opio procedentes de Afganistán genere un aumento de la inseguridad y del protagonismo de actores del crimen internacional en Asia Central incrementando la financiación de estos grupos y, por tanto, un riesgo alto de que aumente la violencia.

Desde la perspectiva energética, esta en ciernes una partida liderada por los Estados Unidos con el fin de restar la influencia tradicional que Rusia ha tenido en Asia Central en este sector. Cabe la posibilidad de que Washington relance el macroproyecto de construcción del gasoducto TAPI, por el cual se beneficiarían del gas turkmeno, Afganistán, Pakistán e India. Como es lógico, Rusia y China observan con inquietud este proyecto por lo que, si finalmente se lleva a cabo, es probable que se produzcan movimientos de reacción.

Comercialmente, ni a China e India, ni a Rusia e Irán les interesa un Afganistán anárquico porque iría en detrimento de sus intereses económicos. Aunque tanto China — One Belt One Road Initiative— como India —el INST— lideran proyectos comerciales antagónicos, ambas potencias ven Afganistán como un espacio necesario para favorecer sus rutas comerciales terrestres entre Asia del Sur y Asia Central.

En materia de derechos humanos, no parece que los estados limítrofes vayan a interferir en los asuntos internos de Afganistán, ni vayan a condicionar sus políticas en beneficio del respeto y defensa de los derechos humanos. Sólo Irán parece preocupada por las atrocidades que los talibanes puedan cometer contra los hazaras, etnia que por su condición chiita está protegida por el país persa.

En definitiva, todos los estados estudiados perciben que la estabilidad de Afganistán es fundamental para hacer cumplir sus agendas y ganar profundidad estratégica en Asia Central, sobre todo en el plano de la seguridad y el comercio. Esta clarividencia conduce a que se puedan desarrollar alianzas impensables antes del regreso de los talibanes al poder como, por ejemplo, una cooperación entre India y Pakistán o entre Irán y los talibanes, pero también, se pueden producir tensiones no previstas como, por ejemplo, rivalidades entre China

y Rusia o un aumento de la conflictividad en Pakistán, a pesar de que este país ha sido clave para el regreso de los talibanes al poder.

Partíamos de la tesis de que la situación de vulnerabilidad en la que se encuentra Afganistán va a ser aprovechada por las potencias regionales e internacionales que pretenden conseguir una profundidad estratégica en Asia Central. Tras haber analizado las diferentes estrategias exteriores de los estados vecinos y otros influyentes en la región llegamos a la conclusión de que Afganistán recobra el rol histórico de ser un territorio necesario para que las potencias regionales e internacionales puedan conseguir sus objetivos: sus ganancias relativas. Afganistán vuelve a ser una pieza de ajedrez clave en el nuevo Gran Juego de Asia Central del siglo XXI.

Cómo citar este artículo / How to cite this paper

Calvillo Cisneros, J. M. (2022). El rol de las potencias internacionales y regionales en Afganistán. El regreso del "gran juego". *Revista de Pensamiento Estratégico y Seguridad CISDE*, 7(1), 81-99. (www.cisdejournal.com)

Referencias

- ACNUR (2021). Datos básicos. (<https://www.acnur.org/datos-basicos.html>).
- ACNUR (2021). Refugiados afganos llegan a Irán tras escalada de violencia. (<https://www.acnur.org/noticias/press/2021/8/611175584/refugiados-afganos-llegan-a-iran-tras-escalada-de-violencia.html>).
- Ahmadi, Y.; Singh, B. Y. (2020). Can India Help Bring Peace to Afghanistan? Washington: United States Institute of Peace. (<https://www.usip.org/publications/2020/04/can-india-help-bring-peace-afghanistan>).
- Anceschi, L. (2017). Turkmenistan and the Virtual Politics of Eurasian Energy: The Case of the TAPI Pipeline Project. *Central Asian Survey*, 36(4), 409-429.
- Arredondas, M. (2021). Qatar, el gran beneficiado de la expansión talibán en Afganistán. *Atalayar*. (<https://atalayar.com/content/qatar-el-gran-beneficiado-de-la-expansi%C3%B3n-talib%C3%A1n-en-afganist%C3%A1n>).
- Barbé, E. (2004). *Relaciones Internacionales*. Madrid: Tecnos.
- Blanck, J. (2015). South Asia Pulse. (http://sapulse.com/new_comments.php?id=11685_0_1_0_c).
- Bustos, A. (2021). Rusia y China capitalizan la derrota de los Estados Unidos en Afganistán. *ARA*. (https://es.ara.cat/internacional/rusia-china-capitalizan-derrota-estados-unidos-afganistan_1_4092996.html).
- Calvillo Cisneros, J. M.; González del Miño, P. (2018). El Opio en Afganistan. ¿Erradicacion o Legalizacion?. *Revista Paz y Conflictos*, 95-114.
- Calvillo Cisneros, J. M. (2020). Afganistán: dos décadas de conflicto. *Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE)*, 1-14.
- Calvillo Cisneros, J. M. (2020). El terrorismo en Afganistán (2000-2018). *Relaciones Internacionales*, (58), 179-196.
- CIDOB (2011). *La Política Exterior de Turquía*. Barcelona: CIDOB.
- Clark, C. (2021). Iran's Interests in Afghanistan. (<https://www.csis.org/analysis/irans-interests-afghanistan>).
- Clarke, M. (2021). EL regreso talibán es una mala noticia para China. *Política Exterior*, 1-5.
- CSIS, C. F. (2021). Russia in Afghanistan and Central Asia. Washington, DC, Estados Unidos. (<https://www.csis.org/events/russia-strategic-role-afghanistan-and-central-asia>).
- de la Corte, L. I. (2014). Tehreek-e-Taliban Pakistán y los Talibán Pakistanies. *Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE)*.
- Espinosa, Á. (2021). El éxito de los talibanes pone a Pakistán frente al espejo. *El País*. (<https://elpais.com/internacional/2021-08-26/el-exito-de-los-talibanes-pone-a-pakistan-frente-al-espejo.html>).
- Essay, G. (2021). Why Biden's Lack of Strategic Patience Led to Disaster. *The New York Times*.
- Gall, C. (2021). Afghan Refugees Find a Harsh and Unfriendly Border in Turkey. *The New York Times*. (<https://www.nytimes.com/2021/08/23/world/europe/afghanistan-refugees-turkey-iran-taliban-airport.html>).
- Goldberg, J. (2001). La universidad del fanatismo. *El País*. (https://elpais.com/diario/2001/09/16/internacional/1000591210_850215.html).
- González del Miño, P.; Pastor, P. Y. (2020). *La Política Exterior de Irán. Poder y Seguridad en Oriente Medio*. Madrid: La Catarata.
- Jafari, N. (2020). *The Interpreter*. (<https://www.lowyinstitute.org/the-interpreter/can-china-be-peacemaker-afghanistan>).
- Kaya, K. (2013). El rol que juega Turquía en Afganistán y la estabilidad afgana. *Military Review*, 59-68.
- Macgilliray, I. (2021). Turbulence, the Taliban, and Turkey's role in Afghanistan's future. *The Interpreter*. Lowy Institute. (<https://www.lowyinstitute.org/the-interpreter/turbulence-taliban-and-turkey-s-role-afghanistan-s-future>).
- Martínez, D. H. (2020). *Arabia Saudí y la hegemonía de Oriente Medio*. Madrid: La Catarata.



- Mearsheimer, J. J. (1994). The False Promise of International Institutions. *International Security*, 19(3), 11-12.
- Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Popular de China (2021). Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Popular de China. (<https://www.fmprc.gov.cn/esp/zxxx/t1906046.shtml>).
- Morales Hernández, J. (2018). La comunidad de expertos sobre política exterior de Rusia. Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE), 92/2018. (https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2018/DIEEEO92-2018_Comunidad_Expertos_Rusia_JMoralesHdez.pdf).
- Moure Peñín, L. (2015). El realismo en la teoría de las Relaciones Internacionales. Génesis, evolución y aportaciones actuales. In C. Y. Del Arenal, *Teorías de las Relaciones Internacionales* (pp. 61-96). Madrid: Tecnos.
- Muga, J. D. (2020). Descifrando la Guerra. (<https://www.descifrandolaguerra.es/turquia-en-asia-central/>).
- Nadimi, F. (2021). The Washington Institute. (<https://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/iran-sets-its-eyes-afghanistan>).
- New Counsel (2021). New Counsel. (<https://www.newcounsel.org/index.php/tramites?id=422>).
- Oficina Comercial de España en Riad (2021). ICEX. (<https://www.icex.es/icex/es/navegacion-principal/todos-nuestros-servicios/informacion-de-mercados/paises/navegacion-principal/noticias/arabiasaudi-bloqueo-qatar-new2021868933.html?idPais=SA>).
- Ortiz de Zárate, R. (2021). Quien es quien en el conflicto de Afganistán. Barcelona: CIDOB.
- Pastor Gómez, J. C. (2021). El interés hacia Asia Central en la política exterior iraní: la geopolítica del Caspio y los retos de futuro en la región. Instituto Español de Estudios Estratégicos, 1-13.
- Pérez del Pozo, M. J. (2016). La política exterior de Rusia en Oriente Medio. ¿Continuidad o cambio?. *UNISCI*, 139-162.
- Piqué, J. (2021). ¿Con quién ha estado Pakistán en el conflicto afgano? (R. P. Exterior, Ed.) *Política Exterior*. (<https://www.politicaexterior.com/con-quien-ha-estado-pakistan-en-el-conflicto-afgano/>).
- Rastogi, P. (2019). China and Afghanistan: Emerging Equations in the Great Game. *Chennai Center for China Studies*, 1-20.
- Resolución 1.333 del CSNU (Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas 19 de diciembre de 2000).
- Resolución 1.363 del CSNU (Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas 31 de julio de 2001).
- Reuters (2021). Russian and Uzbek militaries begin joint Afghan border drills. Reuters. (<https://www.reuters.com/world/russia-scale-up-military-drills-near-afghan-border-ifax-2021-08-02/>).
- Rubin, B. (2015). The TAPI pipeline and paths to peace in Afghanistan. *The New Yorker*.
- Rupert, J. (2015). Afghan President: Pakistan Is Why Peace with Taliban Is Possible. Washington, DC.: Unites States Institute of Peace. (www.usip.org/publications/2015/03/afghan-president-pakistan-why-peace-taliban-possible).
- Sánchez Arreseigor, J. (2021). La «victoria» afgana de Pakistán. Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE), Documento de Opinión 118/2021 .
- Takey, R. (2021). Council on Foreign Relations. (<https://www.cfr.org/in-brief/where-iran-stands-taliban-takeover-afghanistan>).
- Threlkeld, E.; Easterly, E. Y. (2021). Afghanistan-Pakistan Ties and Future Stability in Afghanistan. Washington, DC: United State Institute of Peace. (https://www.usip.org/sites/default/files/2021-08/pw_175-afghanistan_pakistan_ties_and_future_stability_in_afghanistan.pdf).
- Toscano, R. (2012). Iran´s role in Afghanistan. CIDOB, 2-11.
- Tovar, J. (2021). Global Strategy. (<https://global-strategy.org/afganistan-y-el-debate-sobre-el-rol-global-de-estados-unidos/>).